

# ¿Es el Psicoanálisis un oficio?

Enrique Tenenbaum

Para la Jornada Aniversario de Triempo

Año 2016

La pregunta por si el psicoanálisis es un oficio tiene a mi modo de ver una estrecha relación con la formación de los analistas, con la autorización del analista y con la institución del psicoanálisis. Es decir: está directamente en relación con la práctica del psicoanálisis.

Lacan menciona el término “oficio” pocas veces, y nunca lo toma como concepto, pero sí se refiere en más de una ocasión al psicoanálisis como un oficio; también, por cierto, se refiere al Santo Oficio, al oficio en relación con la práctica del Derecho Canónico. Y en ese punto, lo que él denomina su excomunión o excomunicación está justamente en relación con el Santo Oficio.

Pero no es más que en contadas ocasiones que pone a cuenta del oficio la tarea del analista. Hay una de ellas muy directa, en la *Proposición del 9 de octubre de 1967*, cuando propone al pasador como un oficio, a la tarea del pasador como un oficio. Y hay una mención muy específica que es en el Seminario *Les noms du père*, en la clase del 23 de abril del setenta y cuatro; en esa ocasión Lacan se refiere al oficio de recibir la verdad como queja, y afirma que no cualquiera puede practicar este oficio del psicoanálisis.

Es así que tenemos la referencia al psicoanálisis en intensidad por recibir la verdad como queja, al psicoanálisis en la extensión por el lado de la excomunicación, y a la autorización del analista por el lado del oficio del pasador, lo cual habilita -a mi entender- la pregunta por el psicoanálisis como oficio.

Lacan, en la sesión del seminario previa a la mencionada, habla de la autorización del analista, es allí donde retoma su tiempo lógico para decir que, con relación a los practicantes del análisis, el analista se autoriza por él mismo y por algunos otros.

Retomará la cuestión bajo la pregunta de qué posición tiene el analista cuando se autoriza respecto específicamente, subrayo: específicamente, del saber en lo real. Y va a decir entonces que, justamente, no cualquiera puede practicar este oficio.

Hay que recordar que la palabra “oficio” tiene una connotación muy específica desde el Renacimiento florentino. Los que hayan ido a Florencia seguramente han conocido la Galería de los Uffizi, que se traduce como Galería de los Oficios. Esa galería fue originalmente el Palacio Municipal, la sede de gobierno. Es que el gobierno de la República de Florencia estaba compuesto por representantes de los oficios, de los distintos gremios que nucleaban a los oficios. Es decir que el término “oficina”, de donde también proviene el término “oficial”, tiene su raíz en los “oficios” -si podemos sostener esta etimología como cierta-. De ahí que oficial quiere decir justamente lo que representa al gobierno, el oficialismo.

Pero nosotros, cuando hablamos de nuestra práctica, no solemos decir que atendemos en una oficina. No está muy ligado a nuestro acervo cultural plantear que lo nuestro es un oficio. Le decimos “consultorio”, que está muy en relación con la práctica de la medicina. En otros países se lo nombra gabinete, “cabinet” en Francia, por ejemplo. Nosotros no solemos considerar nuestra práctica como un oficio, y mucho menos como oficial.

### **Un oficio que no es para cualquiera**

El que tiene un oficio dispone de un saber que le fue transmitido por alguien que se lo enseñó. Es un saber hacer que pasa del maestro artesano al artesano discípulo. De alguna manera es como Lacan se ubica cuando dice que él aprendió a hacer el truco, es decir, hay algo que se aprende como un oficio, una práctica de oficio, que es un saber hacer. La cuestión del saber Lacan la viene trabajando en este Seminario, el XXI, cuando distingue el deseo de saber del horror de saber. Sostiene que no hay ningún deseo de saber. El deseo de saber es el deseo de saber del Otro, el Otro con mayúscula. Así menciona, por ejemplo, que cuando los chicos están en la edad de los por qué, ese por qué resulta una complacencia al deseo de saber del Otro: ¿quierés saber?, te lo concedo, te pregunto: “¿por qué?”. El segundo modo es el rechazo del saber del Otro, al que Lacan ubica en la anorexia mental: ¿Comiste? “No, no te vas a enterar

de mis apetencias porque no voy a responder a tu deseo de saber”. Y la tercera forma de relación con el deseo de saber es la de la histeria, donde la histérica recibe transmitido del Otro este deseo, así tenemos la fórmula del deseo como deseo del Otro.

Lacan afirma que no hay ningún deseo de saber del sujeto, sino lo que hay más bien es horror al saber, y es ese el modo en que el neurótico avanza: no queriendo saber nada de eso. Entonces, en esa clase en la que habla del oficio, él se pregunta cómo hacer para juntar, para poner en relación este deseo de saber, que es el deseo del Otro, con el horror al saber.

Y sostiene que no hay ninguna manera de juntarlos. Para ello menciona un libro de William Blake que se llama *Matrimonio del Cielo y del Infierno*, un libro interesante porque adosa al matrimonio con el cielo y con el infierno; podemos imaginarnos muchas cosas antes de leer el libro, regodearnos con lo que pensamos acerca del cielo o del infierno en el matrimonio; pero no, William Blake se refiere ahí a los opuestos, a que nada puede avanzar si no es en términos de opuestos; que no hay cielo sin infierno, que no hay mal sin bien, que no hay saber sin ignorancia. Hay una serie de proverbios en ese libro de los que, si después tenemos ocasión, les leo algunos, porque Lacan en la clase no los menciona, aunque indudablemente los ha recorrido, lo veremos. Uno de esos proverbios es “el que desea y no obra engendra pestilencia”.

Cuando Lacan se pregunta por cómo articular el “no quiero saber nada de eso” con el deseo de saber, del horror y el deseo, va a comenzar a discriminar el saber en los siguientes términos. Primero habla del saber en lo real y formula la pregunta acerca de si hay tal saber en lo real. Menciona a Newton, a la atracción de los astros, y dice que el rechazo que tuvo en su época Newton, por su fórmula, fue porque la pregunta del saber en lo real implicaba que los astros no podían tener de ninguna manera noción de cómo atraerse, ni a qué distancia estaban, ni cómo eran sus órbitas; era necesario para ese saber en lo real introducir la figura de Dios, que es quien impulsaba el universo o regía las órbitas. Entonces, Newton, cuando plantea sus fórmulas de la atracción universal dice que los pequeños errores de sus fórmulas eran el lugar de la intervención divina: Dios intervenía para corregir los errores de cálculo.

Sobre este saber en lo real Lacan dice que nosotros no sabemos nada, que a lo real no le importa si pensamos o no pensamos en eso: eso funciona solo; lo real, define ahí, es lo que vuelve siempre al mismo sitio. No al mismo lugar, es importante la diferencia, sino al mismo sitio: podemos calcular un lugar, no podemos calcular un sitio.

Luego vuelve a hablar del artesano, de aquel que practica un oficio, ahora como el que dispone de un saber hacer y que requiere de un otro que le haya transmitido ese saber hacer. Y habla particularmente de la producción de vasijas, del alfarero; va a distinguir a Dios como gran alfarero o gran arquitecto -que hace su mundo de una manera perfecta- del artesano -que, por el contrario, cuando hace su obra, esta podrá ser buena o mala, pero será siempre imperfecta-;

pero lo que destaca es que la obra del artesano, a diferencia de la de Dios, es que esa obra debe entrar en el mercado, es decir: requiere de otro que aprecie esa obra y quiera o no hacerla circular, y entra allí el valor de uso y el valor de cambio de la obra-

Lacan se pregunta, ¿y el analista qué tiene que ver con esto? Ahí es cuando menciona el oficio y va a decir algo que yo no encontré en ningún otro lugar que Lacan lo dijera, dice: es un oficio que no cualquiera puede hacerlo. Y, es más, sostiene que hay quienes tienen prohibido hacerlo. Y se refiere ahí a esta distinción de opuestos de William Blake con, justamente, su *Matrimonio del Cielo y del Infierno*, por ejemplo, Blake escribe: Si querés saber qué es lo suficiente, tenés que ir más allá de lo suficiente; es una suerte de vaciamiento de la completud o del todo: ese que así procede tiene permitido practicar el oficio. Mientras que los que tienen prohibido este oficio son aquellos que se sostienen en una figura de la autoconciencia de Hegel que es la ley del corazón. La ley del corazón es un momento de la autoconciencia en donde en forma individual alguien quiere arreglar las incorrecciones del mundo. Y el problema es que, en esa realización, en esa forma de la autoconciencia, la cosa no se arregla, sino que se pudre más. Entonces, Lacan plantea que aquel que quiera arreglar el desorden del mundo tiene prohibido este oficio de analista, porque este oficio lo que busca no es arreglar el desorden, sino proceder a leer en ese desorden, leer, no el todo, sino el no-todo. Nuestra práctica se trata de un oficio del no-todo.

### **El oficio, el saber y las luces**

En relación con este oficio del no-todo, Lacan prosigue con la pregunta acerca de dónde surge el analista, qué es lo que lo hace surgir. Da una vuelta por la historia del paraíso y el Árbol de la Sabiduría planteando que lo prohibido no era el fruto, sino acercarse al árbol. Ubica lo prohibido en el árbol que porta un saber sobre la vida, pero la vida, como decía hace un rato, es ese real del cual no sabemos nada, ni sobre lo que podamos incidir si supiéramos, puesto que al real lo tiene sin cuidado lo que nosotros pensemos o no pensemos de él.

Entonces, va a distinguir entre ese saber en lo real que implica la idea de Dios, diferente de ese saber del artesano al que llama sujeto del *saber supuesto a su arte*, y por cierto distinto también del saber al que debería dirigirse el analista: un saber que -va a decir- no surge del real que viene del cielo, no viene del *Fiat Lux*, no viene de ninguna luz que anima el Universo, ni de ningún universal, sino que el saber del analista, si tiene algo de luz, es en tanto metáfora: proviene del fuego fatuo. Ese fuego fatuo es la tenue luz que produce la descomposición de las sustancias pestilentes, es así que se refiere al goce. Recordamos aquí el proverbio de Blake: “el

que desea y no obra engendra pestilencia”, retomado aquí bajo la faz de que quien no obra según se deseo engendra un goce espurio.

Se trata de la relación entre el deseo y el goce: cuando el goce no está bien articulado al deseo es que engendra pestilencia. Entonces, llegados a este punto podemos decir que la tarea del analista por un lado tiene que ver con el artesanado o el oficio que consiste en un saber hacer, pero por otro lado -y habrá que avanzar dos años en el seminario de Lacan para esto, será en otra oportunidad- es un saber hacer ahí cada vez con ese fuego fatuo, con esos goces espurios que arruinan o debilitan la vida, según cómo cada cual se las puede arreglar con eso.

Hay pues en nuestra práctica una dimensión de oficio, aquello que ha sido transmitido por el análisis a quien oficia de analista, y que no se aprende en los textos, y hay también una dimensión, que es la del acto analítico, que pone, a ese saber hacer, ahí, a jugar en cada transferencia cada vez.